

DIANA CASTAÑOS

Yo sé por qué bala la oveja mansa

bokeh *

© Diana Castaños, 2019
© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2019
© Bokeh, 2019
Leiden, NEDERLAND
www.bokehpess.com

ISBN 978-94-93156-02-9

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

I.

ANTES DE HACER LA MAGIA

Yo me llamo Josefina, pero todos me dicen Jo.

No es que ellas quieran decirme Jo. A ellas les da igual, claro. Lo que pasa es que yo me las arreglo siempre para obtener lo que quiero. A ellas, por ejemplo, les doy tal perreta que lo piensan mucho en llamarme de nuevo Josefina.

Como sea, tengan paciencia conmigo, porque no estoy acostumbrada a contar historias. Es que normalmente en mi vida no pasa nada. Desde que soy pequeña llevo diarios, pero aunque me entretengo mientras los escribo, la verdad es que apenas puedo llenarlos. Por suerte, estas últimas semanas han estado muy emocionantes, y sí tengo cosas que narrar.

¿Por dónde empezar? Ah, sí... tengo que remontarme a un mes atrás, al principio de las vacaciones. Y también tengo que explicar algunas cosas.

La casa donde vivo es vieja, pero muy grande. Aunque eso poco importa porque mi hermana, mi madre y yo tenemos que dormir apretadas en un solo cuarto, en el primer piso, mientras que el resto de las habitaciones de esta planta están llenas de trastos. Mi padre solía vivir aquí también, pero un día se cansó de estar tan apretado. O quizás se cansó de otras cosas. Aquí hay muchas cosas de las cuales agotarse.

En la planta baja de la casa viven, mi abuela, siempre subrayando que la casa es de ella y que nos hace el favor de alojarnos, y mi bisabuela Trina, que cocina dulces españoles, y a menudo habla en enigmas.

Habrán notado que Josefina es nombre de vieja. Es que cuando mi abuela, que fue la que decidió mi nombre, me lo

puso, no estaba pensando en mí, sino en mi tatarabuela, que nació en España, a principios de siglo xx (al parecer en aquella época ese nombre estaba de lo más de moda).

Mi abuela es así. Ella decide por una, años antes de que a una se le ocurra empezar a pensar en el asunto. Ella determina qué jarrones se ponen sobre qué mesa, si salimos o no de la casa, si están o no bien lustrados las copas de la sala, en qué pasaré mi tiempo de vacaciones... Por ejemplo, ella decidió que este verano me lo pasaría estudiando. Como si no me aburriera lo suficiente en la escuela, he tenido que soportar profesores todo julio y agosto.

Como tengo las peores notas de mi aula, mi abuela piensa que si no me ponen profesores particulares me quedaré tonta. Dice mi hermana que hagan lo que hagan no tengo remedio, que me quedaré así de todas formas. Yo coincido con ella. No me interesa cultivarme; a veces prefiero quemar mi alma antes de aprender algo.

Hoy, por ejemplo, vino la profesora Tania, mi profesora de piano. Yo me escondí debajo de la cama. Me arrastraron fuera. Entonces salí y me senté frente al piano. Tania estaba seria; la boca en perfecta línea recta. Me pidió que tocara en do mayor. Le pedí que me dejara ir al baño. Fui a la cocina; abrí la llave de gas y prendí un fósforo. ¡Se armó una! Total, por un fosforito.

Me regañaron con saña y me mandaron a mi cuarto. ¡Me puse de lo más contenta! Había acabado con las clases de piano.

Mi bisabuela asomó la cabeza en la habitación. Ella siempre se las arregla para estar presente en todas partes.

—Algunos hay que pican... y se llevan el sebo —dijo, misteriosa.

Esta historia que acabo de hacer a lo mejor les parece muy interesante, pero es de las pocas cosas que han pasado este verano. En realidad la vida en la casa suele ser muy aburrida; ni siquiera se oye el sonido de una mosca. Mi mamá dice que es

porque apreciamos el silencio. Pero mi hermana y yo creemos que no es paz, sino pánico a la abuela. Como sea, lo único interesante que sucede aquí tiene que ver con los pocos entretenimientos que yo misma me creo.

A veces estoy tan aburrida que me invento una historia en mi cabeza. Menos mal que tengo imaginación. Eso me salva. Cuando el profesor de español que mi abuela me puso me manda a hacer composiciones, tiene que también ordenarme que pare de escribir, porque invento cosas tan divertidas que me cuesta soltar el lápiz y volver a la vida real.

A veces me quejo ante Boni, mi hermana, la única que me escucha un poco en la casa por estos días. Le digo que tengo el alma a punto de irse a vivir en otro cuerpo, de puro aburrimiento que tiene en el mío. Ella suele responderme que soy una niña, y que no entiendo nada.

Mi hermana Boni se llama así por Bonifacia, la hermana de nuestra bisabuela Trina. A Boni no le preocupa el aburrimiento. El problema de ella es que lo único que quiere en la vida es que la dejen en paz. Lamentablemente, eso no sucede cuando vives en la misma casa de nuestra abuela.

Boni también tiene profesores particulares este verano. Ella no los necesita, porque es la más inteligente de su aula (los profesores nunca creen que yo sea su hermana), pero la abuela no quiere que desperdicie el tiempo. Boni sólo quiere escuchar música, y salir de la casa, pero mi abuela primero le prende fuego a la ciudad, antes que permitir que una de nosotras salga de su vista durante el verano.

Por supuesto, Boni protestó cuando le prohibieron salir.

—¡Que no soy Jo! ¡No soy una niña! ¿Por qué no puedo salir?
—gritó a todo pulmón.

—He considerado que tienes mucho que aprender —determinó nuestra abuela.

—¡Mamá! —llamó Boni, descontrolada.

Mamá entró en la habitación. Tenía la mirada cansada, y se notaba que los gritos le habían dado dolor de cabeza.

–Estoy cansada de ustedes. Sólo quiero que se vayan de mi casa –declaró mi abuela.

Mi madre expandió la nariz y los ojos se le pusieron grandes como muñequitos mangas. La abuela supo que se había pasado, y se quedó inmóvil, incluso las manos amenazantes se detuvieron en el medio del aire, sin terminar su gesto. Parecía que tenía miedo de sus propias palabras, como si se arrepintiera de haberlas dicho.

–¡Y nos iremos! –gritó Boni.

–¡Cállate, Boni! –le ordenó mi madre.

No hay quien entienda a mi madre. Ella puede gritarle a la abuela, pero si lo hacemos Boni o yo es un problema.

–¡Ahora mismo a tu habitación, Boni! –ordenó.

Boni le dirigió a mi madre una mirada categoría rayo láser, pero dio media vuelta y se fue. Mi madre siguió discutiendo con la abuela. Si en las composiciones que me pide el profesor de español pudiera poner las discusiones, hace rato que habría escrito mil párrafos. Pero no se puede.

II.

Dejé a mi abuela y a mi madre discutiendo y me escabullí para ver a mi hermana. Boni estaba tirada boca arriba en la cama, tenía los audífonos puestos y trataba de sumergirse en la música; pero se podía ver a las claras que estaba muy molesta como para lograrlo.

La toqué.

—¡Déjame tranquila! —rugió como si fuera a comerme.

Odio cuando se molesta conmigo por algo que le hicieron a ella.

—Vine a ayudarte.

—No necesito tu ayuda. ¡Eres una mocosa! No entiendes nada.

Mi hermana tiene dos años más que yo, pero actúa como si fueran veinte.

—¡Estás igual que mamá! —le espeté.

Por raro que parezca, eso le interesó.

—¿Cómo es eso? —indagó Boni, dejando los audífonos a un lado.

—Que aparentemente está de tu lado, pero termina gritándole a uno.

—Mamá se comporta así porque aunque sepa que tengo razón, no puede evitar ser como es —me explicó.

¡Cómo la defendía! No lo entiendo. ¡Mamá acababa de pelearle y ella la cogía conmigo!

—¡Me alegro que te hayan puesto Bonifacia!

Boni se encendió. No hay nada que la moleste más que le grite su nombre completo.

—Ay, Josefina, ahora te vas a enterar —me amenazó Boni y salió del cuarto.

Pobrecita mi hermana. Debe ser difícil tener ese nombre. Es peor que el mío.

Sin embargo, Boni no inspiraba lástima cuando regresó al cuarto. Reapareció con una sonrisa que me inquietó. No era bueno cuando tenía esa sonrisa.

—¡Mira lo que tengo aquí! —tarareó.

Era mi colección de cristales.

He conocido a niños que coleccionan sellos y monedas, a niños que coleccionan mariposas muertas (un poco enfermo, ¿no creen?). Norah, que es mi mejor amiga, y además, vecina nuestra, colecciona libros (lo cual me parece bien aburrido).

A mí me gusta coleccionar cristales de colores. Son hermosos, y únicos, y si una los pone al sol, brillan como si tuvieran vida propia. Mi abuela los odia; lo cual hace que aumente mi amor por la colección. Ella dice que parezco una boba cuando me pongo a mirarlos, y me botó todos los que no escondí en el alféizar de la ventana. Lo que yo no podía imaginar es que Boni supiera donde estaba mi escondite.

—Le voy a llevar estos cristales sucios a la abuela y te van a botar de la casa.

Se veía que Boni no estaba bromeando. Comencé a temblar. Me imaginé como la abuela me decía:

—¡Te vas de esta casa ahora mismo, Jo! ¡Y más nunca regreses!

Me imaginé haciendo las maletas. Metería mi colcha de cuadros, para irme a dormir debajo de un puente, y mi navaja, para cortar la comida que encontrara en la calle. Me llevaría mi diario, para narrar mis penas, y mis cristales de colores, para ponerlos frente al sol, y que brillaran. Vería entonces lo bellos que eran, y pensaría en la casa y extrañaría a mamá, y hasta a Boni. Visualicé todo tan nítidamente, que empezaron a caerme gotas en la cara. Estaba llorando, a mares. Me imaginé que un

día, de pura casualidad, me encontraría con mi abuela. Ella saldría de la peluquería y yo estaría debajo de un puente mirando un cristal. Entonces ella se acercaría a mí y con lágrimas en los ojos me pediría que yo regresara a casa. Pero yo la miraría con indiferencia y le preguntaría: ¿usted quién es, señora? Y entonces, ella, hundida en dolor, diría...

Pero no tuve tiempo de pensar qué diría, porque entró mi mamá en la habitación y saltó encima de Boni.

—¿Por qué molestas a tu hermana? ¿No ves que está llorando?

—Yo no lo he hecho nada —se defendió Boni—. Empezó a llorar sola.

—Dame eso —le arrebaté mis cristales y, sin saber por qué, los dejé caer contra el suelo.

Arrepentida, me agaché a recogerlos, pero vi que se habían roto los más hermosos. Sentí como la rabia me movía; la peor de las rabias, la que es contra una misma. Levanté los que habían quedado intactos, y los volví a tirar contra el suelo. Mi madre y Boni miraron como los aplasté contra el piso, una y otra vez, pero no me interrumpieron.

Cuando terminé, mi madre me abrazó con cariño y me apretó la cabeza contra su pecho. Entonces, le dirigió la palabra a Boni, pero sin mirarla. Se veía que la culpaba por mi arranque.

—Recoge los cristales y bótalos. Después regresas al cuarto y no sales hasta mañana. ¿Entendido?

—Sí —asintió Boni.

Salimos de la habitación. Yo llevaba la cabeza recostada en el pecho de mamá.